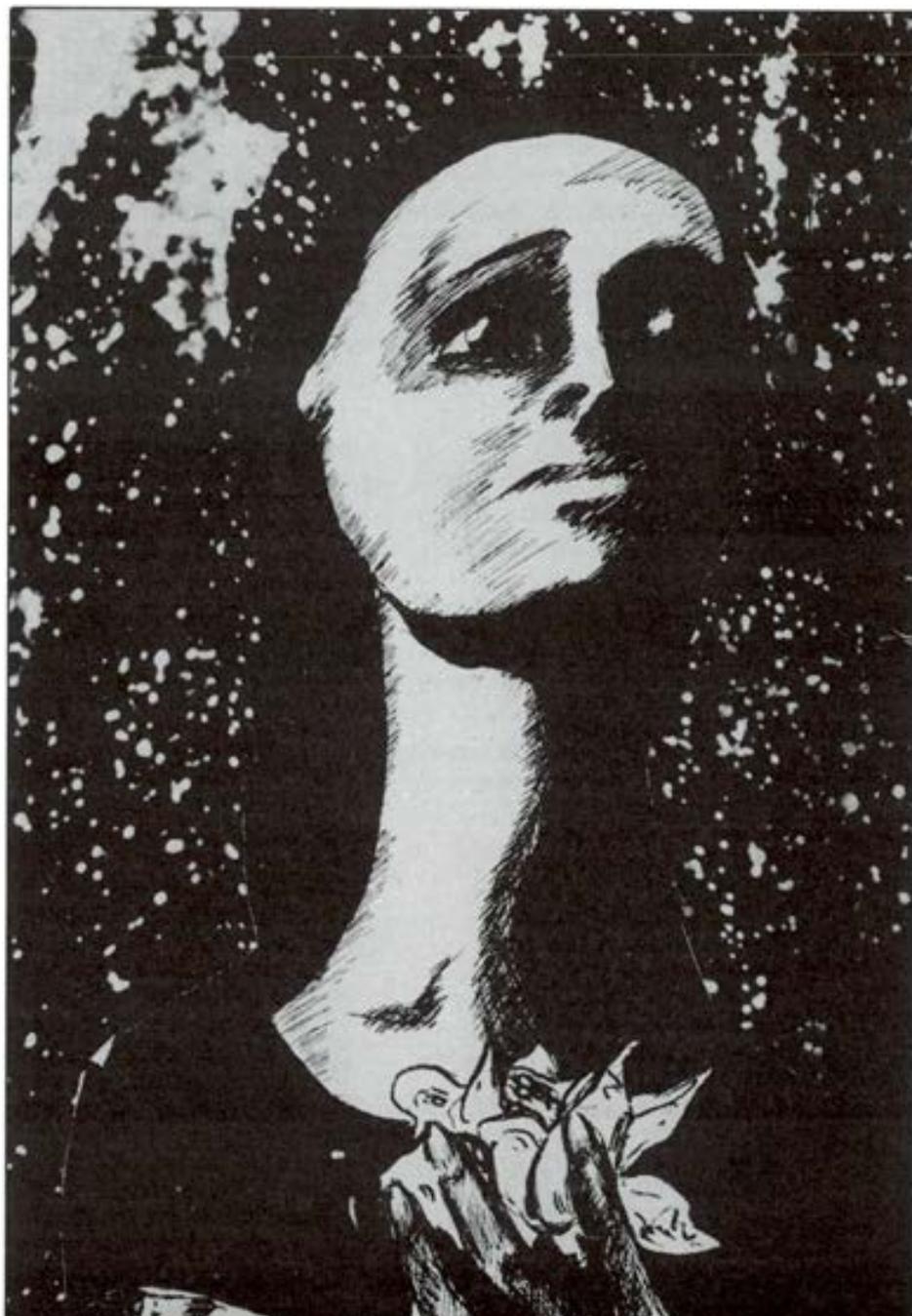


SER MADRE

*Cuando las satisfacciones marcan el ritmo de tu corazón
tu canción es alegría
y los ojos de tu hijo
están abiertos a la luz y a la vida.*

*Cuando son los miedos los que desacompasan su ritmo
tu canción es angustia
y los ojos de tu hijo
quedan abiertos al espanto y a la incertidumbre.*

los miedos de las madres



EL MIEDO A LA MATERNIDAD

COMIENZA mucho antes de la certeza de la concepción de un niño. Y muchas veces lo trunca la muerte de la madre, que se lleva consigo el miedo, el interrogante sobre el futuro de esos hijos que, además se quedan sin ella.

Miedo en todas sus escalas: desde la inquietud hasta la neurosis. Miedo instintivo, casi físico. Y miedo racionalizado, lleno de argumentos, comprobaciones en hijos ajenos, y de intuiciones proféticas que adelantan el sobresalto al momento en que el peligro aún no es posible.

Miedo como vivencia. Y, claro, miedo como motivación en la educación de su hijo.

Y el miedo de la madre es inseguridad; y el niño lo que más necesita en su madre (tanto como el afecto) es la seguridad.

Y el miedo como motivo siempre presente en la educación del hijo es anti-libertad; y un niño sólo puede ser educado en libertad.

Posiblemente las raíces del miedo de las madres abren en su propio instinto maternal. La posesión del hijo es casi vitalmente estructural. Una primera ruptura de esa posesión fue traumatizante en el momento del parto. Y siempre se está temiendo la continuación o repetición de una experiencia así. Y es precisamente ese vivir embolsado en el miedo de la madre lo que puede forzar a nuevos

traumas de liberación, mucho más duros que aquel primero. Porque una graduada desposesión y autonomía del hijo ya no tenía por qué ser traumatizante.

Y el otro componente instintivo se llama *protección*. Cubrir con el propio cuerpo la desprotección del cachorro humano. Liberarle del golpe imprevisto por su inexperiencia, andar por él el sendero dificultoso, adelantarle el resultado incierto de las experiencias de cada día que se llaman la vida. Regalar para que tengan las satisfacciones sin el esfuerzo por conseguirlas...

Y también, el miedo a una excesiva posesión y a una excesiva protección.

No se trata de hacer una exposición exhaustiva de todos los miedos de las madres: su lista se está confeccionando con los miedos de hoy y de mañana... Y los hacen nacer las nuevas condiciones de vida, y las nuevas posibilidades de muerte, accidente, autonomía o excentricidad que trae eso que hemos dado en llamar la civilización nuestra de cada día. Intento una exposición de miedos un tanto generalizados. Los matices que la inmadurez afectiva personal les da son inexpressables en un muestreo como el que pretendo hacer.

Son retazos de conversaciones, extractos de cartas, enumeraciones recogidas en los grupos de Escuelas de Padres que reflexionaron sobre el tema, anécdotas evocadas por un pequeño detalle...

¿Quién libera a las madres de sus miedos? ¿Nadie? ¿Los propios hijos? ¿La vida misma? ¿La propia sensatez? ¿La propia desesperación? Lo que sí parece claro es que ni educadores ni psicólogos ni sociólogos les vamos a poder liberar. Hemos oído tantas veces el «¡Cómo se ve que ustedes no son madres!» Y parece un argumento irrefutable: por lo visto, no podemos ni comprenderlas. ¡Cómo vamos a poder liberarlas! Pero lo que sí es cierto es que sus hijos no necesitan su miedo, sino su seguridad. Y la vida sin libertad y sin aventura personal no es la vida. Y a la persona que sigue, por el proteccionismo de que se le rodea, toda su vida encerrada en el claustro materno se le hace abortar de la peor manera posible: a manos del amor estrangulador de su propia madre.

El ritmo del miedo no es buen ritmo para mecer a los niños.



Mamá: no te pongas nunca más esa careta de miedo, porque me asustas mucho, ¿sabes?

LOS MIEDOS DE LAS MADRES:

- A que se mueran.
- A que tengan enfermedades o accidentes.
- A no poderlo criar.
- A que no sea cariñoso.
- A que sea irresponsable.
- A las influencias de la sociedad.
- A que se vea marginado, que no se adapte a la sociedad.
- A que se desvíen del camino que la madre considera correcto.
- A que no sean felices.
- A que los hijos sufran.
- A no saber aceptar lo que a ellos les gusta.
- Al futuro religioso, socioeconómico y político de los hijos.
- A que no triunfen como personas.
- A no acertar en su educación.
- A que no quieran al padre como ella quisiera.
- A la falta de capacidad para educarlos.
- A su falta de seguridad.
- A la influencia del ambiente.
- A que las relaciones con el cónyuge se vean mediatizadas por el interés por los hijos, o por la manera discrepante de enfocar su educación.
- A no ser consecuente con los hijos.

- A morirse, dejándolos desamparados.
- A que les falte el padre.
- A que los hijos no les atiendan o no les quieran cuando sean mayores.
- A que se vayan de casa.
- A que resulte invertido.
- A que no se parezca a su padre.
- Las madres solteras (que también son madres), a casi todo.
- Las madres viudas, a casi todo.

Si algo ha sido esperado en este mundo ha sido el nacimiento de un hijo: su presencia oculta ha hecho vivir todas las ilusiones y ha dado ocasión para todos los miedos:

MIEDOS EN TORNO A LA CONCEPCION, GESTACION Y NACIMIENTO:

- A haberse equivocado al elegir marido (por problemas genéticos que puedan surgir, RH...).
- A ser infecunda.
- A no saber las actitudes defensivas ante el encuentro sexual.
- A que, durante la gestación, todo el proceso no vaya normal: por sus tristezas, agitación...
- Al acierto o desacierto de las pequeñas tolerancias en su estado: si fuma seis cigarrillos y debieran ser tres. Si

hace tanto ejercicio y debiera ser tanto. Si sucede un accidente, sentido de culpabilidad y miedo a que sea un castigo por su falta.

- Que no sea aceptado o deseado por el cónyuge.
- Que nazca anormal física o psíquicamente: a que nazca disminuido físicamente.
- A perder el hijo una vez concebido.
- A que se muera sin nacer.
- A intervenciones extraordinarias durante el parto: que puedan dañar o lesionar al niño definitivamente.
- A que sea del sexo que su padre no desea.
- A no saber tratar al niño, impresionada por su fragilidad.
- A quedarse débil, depauperada y fea por tener hijos.
- A no comprender lo que le pasa al recién nacido cuando llora.
- A no saber alimentar equitativamente al hijo, o que éste no coma o no esté suficientemente gordo.
- A que quede raquítico en su desarrollo inicial.
- A que no quiera comer.
- A tenerlos que dejar solos.
- A que los hermanos no acepten al nuevo hermanito (celos).
- A tener otro hijo más.
- A que le hagan daño al niño pequeño los hermanos mayores.

Un día mi hijo se marchó de casa: su primera etapa era: el colegio.

¡Y me sentí tan sola aquellas cuatro primeras horas! Cuando volvió para comer, sentí que lo recuperaba: Era tan normal que volviese perfectamente! Y, sin embargo, a mí me pareció una maravilla.

MIEDOS DURANTE LA INFANCIA DE LOS NIÑOS:

- A la entrada en el colegio: a que no sea aceptado por los otros niños, a que los profesores no le protejan, a que no le atiendan ni cuiden como ella.
- A crear un ambiente poco adecuado (demasiado marcada por su propia femineidad).
- A que acuse los problemas

que existen entre el matrimonio.

- A que no sea inteligente.
- A que no hable a su debido tiempo.
- A que no aprenda a leer.
- A que no tenga inclinaciones malsanas, enfermizas o positivamente malvadas.
- A que eche en falta la atención de la madre.
- A que el amor a ella sea sustituido por un amor más grande a otras personas: abuelos, tíos, padrinos...
- A las enfermedades.
- A que lleguen a la edad en que hay que explicarles problemas sexuales.
- A darles responsabilidades.
- A la época de la pubertad.
- A que se hagan mayores.
- A que no crezcan.

Estando a mi lado, lo siento tan lejos...

Yo lo desconozco casi todo en su vida: sus sentimientos, sus miedos, sus ilusiones.

¡Es tan duro quererlo tanto y no sentir casi nunca que él me quiere!

MIEDOS DURANTE LA ADOLESCENCIA DE LOS HIJOS:

- A que no sea feliz.
- A no comprender bien al hijo.
- A no ser comprendida por el hijo.
- A que el hijo se equivoque al tomar decisiones importantes: amor, profesión, estado de vida.
- A que, acertando en su elección, elija un tipo de vida que le vaya a suponer un sacrificio continuo.
- A que no se integre con sus amigos.
- A que tenga malas compañías.
- A que se avergüence de ella.
- A que la libertad creciente del hijo la separe de su protección.
- A los accidentes que puedan nacer del estreno de su libertad.
- A que no rinda en la actividad escolar.
- A las influencias de los amigos.
- A que no encuentre su pareja ideal.
- A que encuentre su pareja ideal.
- Al alejamiento religioso.

— A que una hija quede embarazada antes de casarse.

- A que un hijo tenga relaciones sexuales con una chica y la deje embarazada.
- A que se enamore de otra y no sea la persona adecuada, y se obceque en su enamoramiento.
- A no ser aceptada por los hijos: que la encuentren anticuada.
- A dejar de ser necesaria para sus hijos.
- A que los hijos se den cuenta de sus defectos.
- A perder el control de los hijos: a una emancipación brusca.
- A que el hijo llegue a ser alcohólico o drogadicto.
- A que tenga una vida sexual desordenada.
- A que descubra la realidad de su padre.
- A que el hijo le eche en cara el que le haya dado la vida.
- A educarlo en la libertad.
- A no saber educarlo en la libertad para que sepa andar por la vida sin necesitarla.
- A no estar preparada ante las dudas del hijo.
- A que la hija no sea guapa.
- A que el hijo sea un vago.
- A que no sepa decidir por sí mismo y se deje arrastrar por la masa, tanto en el terreno político, como en la elección de su porvenir, religiosamente...
- A no ser suficientemente amiga: diálogos, relaciones, confianza.
- A que se haga terrorista.
- A que se escape para vivir una vida hippy.
- A que pierda la fe.
- A que el hijo no sepa resolver problemas vitales en edades críticas.

MARISA (veintinueve años: tres hijos)

¿A qué tengo miedo? A mí misma.

Soy un desastre como madre. No soy un punto es broma. Es que no sé a punto qué es lo que quiero para mis hijos.

Cada vez que salen de casa solos, me aterra. Que se queden en casa sin salir, también me preocupa.

Si leen, porque sabe Dios qué cosas leen. Si no leen, porque me parece que hoy no se puede vivir y tener una personalidad que merezca la pena sin leer.



ASUNCION (veintisiete años: dos hijos)

¿Mi mayor miedo? Cuando me lo preguntaste creí que contestarte iba a ser cuestión de minutos: estoy tan obsesionada con el miedo de que mis dos hijos puedan tener algún accidente y queden inválidos físicamente, que supuse que ése era, realmente, mi miedo mayor.

Ahora, después de pensar un poco, ya no sé qué contestarte: eso lo temo, y por eso procedo un poco a lo camgura, como tú sueles decir. Pero, ¿y si se me muere alguno de los dos? De verdad, no sé decirte qué llevaría peor. Tú dices que somos capaces de soportarlo todo y yo creo que es verdad: pero no me imagino teniendo que soportar la muerte de uno de mis hijos. El que quedasen impedidos, tampoco: y no sé si atenderlos y poderlos acariciar significaría un consuelo o mi dolor de cada día y de cada hora. De verdad: no sé cuál es mi miedo mayor. Desde luego, uno de estos dos.

Si son originales (ya sabes tú las genialidades de Javier) por-

que ¡menuda vida les espera! Si son vulgares, porque me espanta que empiecen a formar parte de ese rebaño de borregos que somos la sociedad actual, y no quisiera que también ellos aumentasen el número de marionetas que viven manejados.

¿No ves? Miedo a todo. A que mitifiquen el sexo y lo pasen tan mal como lo he pasado yo. Pero también me aterra que lo trivialicen tanto que para ellos no signifique nada importante.

Sinceramente: no es que tenga miedo a no acertar: Es que estoy segura de que no acierto. Y eso me aterra.

M.^a DEL PILAR: (treinta y cinco años, tres hijos)

Bueno: ya pasaron aquellos miedos de cuando mis hijos eran pequeñitos: que si comerían bien, que si tal erupción era síntoma de algo grave...

Ya sabe: todo lo que se teme cuando no se saben interpretar los datos que tenemos a la vista.

Ahora mis hijos están entre los ocho y los trece años. Mis miedos están centrados ahora en sus amistades. No me importa lo que a tantas madres les preocupa: que tengan conversaciones o un estilo de lenguaje que a mí personalmente me desagrada y hasta me repugna. No, a eso sé darle un valor muy relativo: me fastidia, pero no me alarma.

Lo que de verdad me preocupa es que empiecen a hacer su vida sin mí. Que sus pandillas empiecen a ser su verdadera vida, que sus compañías sean el nido donde se incuban sus nuevas valoraciones, sus nuevos

criterios, sus nuevas costumbres... Y eso al margen de las opiniones y del conocimiento de sus padres, y a merced de cualquier amigo desviado, pero con auténtico liderazgo en la pandilla. Y que de ahí se origine eso que vemos existe con tanta frecuencia en los chicos de hoy: que piensan de una manera tan distinta y quieren organizar su vida en distinto: en grupos o comunas o no sé cómo lo llaman. Y su manera de pensar, que parece o suena casi siempre a marxista.

Lo que me da miedo es que la pandilla sea su verdadera escuela, y sus maestros, amigos suyos tan inexpertos o inmaduros como mis propios hijos.

Hay miedos que no se confiesan a nadie. Y no es por falta de confianza, sino porque no se los formula una a sí misma: como si el formularlos fuese ya hacerlos posible.

Uno de estos miedos es: que el hijo sea subnormal, que esté incapacitado para una vida normal: por índice intelectual, por deficiencias físicas, por pérdida del ritmo evolutivo.

Este es un miedo que desaparece cuando se comprueba la normalidad. Pero que ha hecho vivir días muy amargos y ha dado muchas noches de insomnio a muchas madres.

Que, además, extrañamente, se culpan, un poco a nivel inconsciente, de no haber logrado gestarlo físicamente normal.

La incertidumbre en un diagnóstico que a veces se tarda años en concretar hace que este miedo dure y desarbole eficazmente la paz en las psicologías más equilibradas.

Joaquín GARCIA DE DIOS

ACTIVIDADES PARA UNA ESCUELA DE PADRES

Lab. 6 09: Entrevista

¿A quién cuentan las madres sus miedos?

¿Son tan pocos los que, de verdad, lograrían *comprenderlos*!

Se trata de intentar un ejercicio de comprensión de los miedos de las madres. Para eso, del grupo, ir eligiendo a una madre y a un padre (que no sea el marido de la madre que sale) y lograr una entrevista comprensiva:

- que la madre exponga sus miedos fundamentales;
- que su interlocutor adopte una actitud comprensiva (ni valoradora ni interpretativa ni exploratoria ni tranquilizadora);
- después de sostenida esta entrevista, el grupo debe intentar (con la técnica de casos) enfocar de un modo práctico el problema.